

rio es realizado con la autoridad propia de quien es pastor de la comunidad, se requiere que esté fundado en el sacramento del orden: otra cosa sería algo así como una «configuración materialmente herética» (p. 75). Por último el A. trata muy brevemente de las cuestiones del celibato sacerdotal y de la ordenación de mujeres.

De todo lo dicho se desprende el gran interés que ofrece este librito, en el cual, sobre todo M. Seybold, ha sabido admirablemente unir la brevedad con la profundidad teológica y la actualidad de las cuestiones tratadas.

ARTURO CATTANEO

TEORIA FUNDAMENTAL DEL DERECHO CANONICO

Remigiusz SOBANSKI, *Grundlagenproblematik des katholischen Kirchenrechts* (Böhlau-Studien-Bücher), Ed. Böhlau-Verlag, Böhlau 1987, 160 págs.

Son estas páginas el fruto de las clases impartidas durante el curso 1985 en la Universidad de Maguncia por el conocido canonista polaco, y versan sobre un tema del cual ya se ha ocupado en numerosos artículos publicados en varios idiomas: los problemas fundamentales del derecho canónico. En estas últimas décadas, se ha discutido y escrito mucho sobre estas cuestiones, como bien se refleja en la reseña bibliográfica recogida al final de la obra. Tratándose sin embargo, la mayor parte de las veces, de artículos que reflexionan sólo sobre algún aspecto determinado, es de agradecer tener entre las manos una obra como esta, que ofrece una valiosa visión de conjunto.

En la introducción el A. advierte, en primer lugar, que el presente estudio ha de considerarse en el ámbito de la que sugiere llamar «Teoría del derecho canónico» (cfr. su artículo en «Ius Canonicum» 16 (1970), pp. 293-305).

En segundo lugar, después de esbozar las causas de las corrientes antijurídicas en la Iglesia y los problemas que el dualismo cristiano implica para el derecho canónico, señala dos grandes temas fundamentales para la canonística: la compatibilidad del derecho con la Iglesia (superación de la antítesis *Ecclesia iuris* - *Ecclesia caritatis*) y la comprensión del derecho como algo intrínseco a la Iglesia (superación de un concepto de derecho basado superficialmente en la noción de la Iglesia como sociedad). Ya desde estas primeras páginas se advierte una de las principales líneas del pensamiento del A., que volverá a aparecer en varias ocasiones a los largo de su estudio: la necesidad de abandonar la categoría socio-filosófica de sociedad para llegar a fundamentar y comprender la naturaleza del derecho canónico en el mismo misterio de la Iglesia.

El primer capítulo ofrece un resumen del desarrollo histórico de la doctrina acerca de la fundamentación del derecho en la Iglesia. Después de señalar los méritos y los límites de los canonistas laicos italianos de la primera mitad de nuestro siglo y de al-

gunos relevantes canonistas de la Universidad de Navarra, se detiene algo más en los avances realizados por W. Bertrams y sobre todo por K. Mörsdorf y sus discípulos.

A continuación el A. nos ofrece una aportación original al sintetizar los diversos modos de proceder y los reagrupa en tres métodos:

1. El método aditivo, según el cual se junta la realidad jurídica con la eclesial, intentando establecer un puente entre las dos. Es, por ejemplo, lo que predomina en la Escuela del *ius publicum ecclesiasticum*.

2. El método consecutivo, según el cual, en lugar de un punto de partida dualista como en el método precedente, se parte de un fundamento monista: es decir, de la Iglesia. El derecho es así derivado y extraído como elemento intrínseco de la Iglesia misma.

3. El método morfológico, según el cual -en lugar de partir de una determinada concepción de la Iglesia, como en el caso precedente- se analiza el acontecer salvífico, realizado históricamente en la Iglesia y por la Iglesia, evidenciando en ello la dimensión jurídica.

El segundo capítulo está dedicado a los fundamentos del derecho canónico. En primer lugar el A. presenta la comunidad Dios-hombre, señalando el aspecto jurídico que implica el don y la misión, realidad que funda y caracteriza esta comunidad salvífica; en segundo lugar estudia la legislación canónica en cuanto forma de transmisión de la fe. El esfuerzo del A. para establecer un paralelismo entre las reglas de la fe y su fuerza vinculante con las leyes y prescripciones canónicas, es sin duda valioso, siempre que se sepa unir aspectos distintos sin confundirlos; lo cual aquí no parece del todo logrado: así, por ejemplo, cuando hace derivar directamente la obligatoriedad de las normas canónicas de la fuerza vinculante de la fe (p. 328) o cuando define la estructura fundamental de la Iglesia como una estructura social de la gracia (p. 47). Evidentemente la naturaleza del hombre requiere que la fe se manifieste también en obras externas, pero no se puede por eso hablar sin más de normas jurídicas.

El tercer capítulo centra su atención en el legislador eclesiástico, y de manera especial en el oficio eclesiástico, y pone de relieve su íntima relación con el obrar de Cristo y especialmente con su actuación unificadora.

El cuarto capítulo se ocupa de la peculiaridad del derecho canónico, que el A. intenta realzar sobre la base de la peculiaridad de la justicia cristiana. Aunque la intuición de Sobanski puede abrir un horizonte importante hacia una clarificación de la naturaleza propia del derecho canónico y, por lo tanto, de lo «justo» en la Iglesia, el desarrollo de su razonamiento nos parece confuso y en parte equívoco: de un lado, por utilizar el término «justo» que a veces aparece en la Sagrada Escritura sin tener suficientemente en cuenta que allí se emplea muchas veces con el sentido de perfección moral y santidad (p. 68). Por otro lado, no se puede afirmar, sin hacer muchas matizaciones, que lo justo, lo debido, el «*ius suum cuique tribuendi*», sea en la Iglesia el amor; y que «el deber de vivir fe, esperanza y caridad no tenga sólo un carácter religioso, sino también jurídico» (p. 72). Que el amor sea la norma principal de la Iglesia no puede llevar a confundir la caridad con la justicia y, aunque el A. afirma que estas dos virtudes no

pueden identificarse, sin embargo nos parece que luego no capta con suficiente claridad qué es lo jurídico en la Iglesia.

El quinto capítulo aborda la cuestión de la obligatoriedad de las leyes canónicas. En este contexto, el A. llega a hablar del fin de la norma canónica, del binomio ley-libertad, del derecho divino y finalmente de la aceptación de la ley.

El sexto capítulo está dedicado al estudio comparado del derecho canónico y del secular. Después de esbozar la evolución histórica de las relaciones entre ambos derechos, el A. se plantea la cuestión de la analogía. Esta conceptualización -observa justamente- «permite conservar el contacto del derecho canónico con el secular, destacando, al mismo tiempo, su peculiaridad» (p. 119). El desarrollo teórico realizado a continuación no ayuda, sin embargo, a aclarar el problema. En efecto, parece rechazar en primer lugar el uso de la analogía, ya que -según afirma- significaría tener que asumir como punto de referencia del derecho canónico, el derecho secular (*analogatum princeps*): esto dejaría en penumbra lo específico y característico del derecho canónico (p. 120). A continuación afirma, sin dar más explicaciones, que «no se debe excluir una analogía -entendida como *analogia entis*- entre ambos derechos» (pp. 120 y s.). Para dar razón de la analogía nos parece correcta la sugerencia de acudir a la unidad del derecho, es decir del fenómeno jurídico, independientemente del ámbito de intersubjetividad en el cual queda modalizado y caracterizado.

El séptimo capítulo trata de los modelos conceptuales que sirven de base para el derecho canónico. En primer lugar, vuelve a manifestar su rechazo al concepto de la Iglesia como «sociedad». Algo exagerada nos parece, a este propósito, su crítica a los pasajes conciliares y codiciales, en los que se hace referencia al aspecto societario de la Iglesia; según Sobanski esto manifestaría que «el derecho canónico no está todavía integrado en la eclesiología» (p. 133).

Valiosas -aunque no constituyen ninguna novedad- son sus sugerencias acerca de la relevancia del modelo de la Iglesia como *communio* para el derecho canónico, bien desde el punto de vista genético como teleológico: «en la Iglesia hay derecho por ser ella una *communio* y hacia la realización de esta *communio* está orientado todo su derecho» (p. 135). Especialmente útil es esta conceptualización -observa también con perspicacia el A.- para superar toda separación entre el aspecto societario y la vida interior de la Iglesia, así como para unir lo vertical con lo horizontal en la comunidad cristiana: es decir, la comunión con Dios y con los hombres. Junto con eso se pone también de manifiesto el aspecto participativo tan propio de la comunidad eclesial (p. 136).

En las consideraciones finales Sobanski propone de nuevo llamar al estudio del derecho canónico a nivel fundamental «Teoría del derecho canónico», en lugar de «Teología del derecho canónico». Su razonamiento es aquí claro y consecuente: en efecto, si se considera que este estudio del derecho canónico es esencialmente tarea teológica, la expresión «Teología del derecho canónico» supondría una inadmisibile escisión entre un estudio teológico y otro jurídico del derecho canónico. A este respecto, nos parece que se debería matizar el uso del término «teología», ya que no se puede hablar de ésta en el mismo sentido, o con la misma amplitud, referida a la dogmática y a la moral que al derecho canónico. Por otro lado, observa acertadamente Sobanski, la expresión «Teolo-

gía del derecho canónico» se ha venido empleando para poner en evidencia que se quiere desarrollar un discurso desde la teología y no desde la teoría general del derecho, como hicieron los canonistas laicos italianos antes del Concilio, estableciendo el concepto básico de «ordinamento giuridico».

Muchas de las cuestiones tratadas en este libro, siguen siendo discutidas por la doctrina que no ha llegado todavía a una solución del todo satisfactoria y comúnmente aceptada. Todo esto implica que también la obra recensionada se limita a señalar las cuestiones abiertas y a sugerir elementos para una posible solución o profundización; de eso el A. es seguramente consciente. Hubiera sido, sin embargo, deseable que quedara más claramente advertido el lector, evitándole así la decepción de no encontrar, en varios temas abordados, una solución y unas conclusiones suficientemente esclarecedoras.

En conclusión, y a pesar de algunas críticas que hemos señalado y otras que podrían añadirse, nos ha parecido una obra que merece ser leída por los numerosos elementos útiles que contiene para continuar la reflexión sobre estos temas tan importantes para la canonística y la vida de la Iglesia. En efecto, una correcta, profunda y clara intelección y explicación de los fundamentos del derecho canónico, no es sólo vital para el futuro desarrollo de la canonística, sino también para el servicio que el derecho está llamado a cumplir en favor de la vida de la comunidad eclesial.

ARTURO CATTANEO

RELIGIOSOS

Filippo IANNONE, *Il Capitolo generale. Saggio storico-giuridico*, Edizioni Dehoniane, Roma 1988, 211 págs.

Se trata de la tesis doctoral *in utroque iure*, presentada en la Universidad Pontificia Lateranense. El autor comenzó su docencia junto a A. Vallini y recientemente, al ser nombrado éste Obispo auxiliar de Nápoles, le ha sucedido en el cargo de profesor de la Pontificia Facultad Teológica de Italia Meridional.

Comienza el libro con una síntesis histórica (pp. 25-63), en la que después de examinar los precedentes remotos, el origen del Capítulo general de los institutos religiosos queda situado, dentro del ámbito del Cister, en la *Charta caritatis* de S. Esteban Harding, tercer abad de Cîteaux (a. 1119). Considera asimismo el impulso dado a la institución por la Orden de Predicadores y su desarrollo hasta el CIC 17, el Concilio Vaticano II y las sucesivas normas promulgadas para la aplicación de sus decretos, especialmente el Motu pr. *Ecclesiae Sanctae*, de 6-VII-1966.

El cap. II (pp. 65-83) trata sobre la naturaleza del Capítulo general y sus distintas especies.